

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 4.º—SÁBADO 25 DE ENERO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 80.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

El día 19 de noviembre último se puso en Barcelona la primera piedra del monumento que va á erigirse á la memoria del Rey D. Fernando II, el Católico, en la plaza Real, anteriormente plaza de capuchinos.

La lámina que ofrecemos en este número dará una idea bastante exacta de esta obra, destinada á embellecer uno de los mejores sitios de Barcelona.

Terminado ya el enverjado que debe cerrar el hermoso jardín que habrá alrededor del monumento que ha empezado á levantarse en dicha plaza; fundidos ya la mayor parte de los accesorios de metal que deben decorar aquel, falta únicamente que se proceda á la fundición de la estatua colosal que debe rematar dicho monumento. Esta operación, confiada á los acreditados talleres del Sr. D. Valentin Esparó, es probable se verifique cuanto antes, y por consiguiente á no tardar desaparecerán de aquella concurridísima plaza los escombros y ruinas que hoy día la están afeando.

Ya que hablamos de las mejoras próximas á realizarse en la segunda capital de España, haremos mención de la construcción de almacenes en el local que ocupaba el antiguo convento de franciscanos, en cuya parte superior se formará también otro jardín que comunicará por medio de un hermoso puente con el delicioso paseo de la muralla del mar. En cuanto estén terminadas estas importantes mejoras, aquellos sitios tan frecuentados á todas horas del día y de la noche, particularmente en la estación de verano, serán sin duda unos de los mas pintorescos y agradables de Barcelona.

POESIAS DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

TOMO II.

SÁTIRAS.

Lector, ahí van esas cortas, ó largas líneas; (como salgan, y como á tí te parecieren). Pasa la vista por ellas, si te place; cierra si no los ojos, y haz con ellas lo que con tus acreedores habrás hecho algunas veces (lo cual está muy lejos de mancillar tu buena reputación) que ni á tí te puede importar el leerlas (digo yo) ni á mí el que las desaires (y perdona).

Por si me leyeres, voy á ocuparme (Dios mediante y mi conciencia delante) de una nueva obra, que vale tanto como algunas obras viejas, de aquellas que tú y yo solemos manosear en nuestros ratos ociosos (que el estudio en los no estudiantes es casi siempre una sabrosa distracción), y que apreciamos y tenemos en tanto como lo que más. Trátase de un segundo tomo de poesías, cuyo primero te es ya conocido (los *Ecos nacionales*), y cuyo autor (voy á recordarte su nombre), no es otro que don Ventura Ruiz Aguilera, *escritor de tan buen gusto como brillante imaginación*, según ha dicho un periódico, y según pienso yo, que sin ser gran calificador, tengo mis puntas de inteligente, y algo (y aun algo) de poeta; aunque por modestia no lo muestro, y por malicia tú nolo supones.

Y pues no ignoras de lo que va á tratarse, trátase enhorabuena de ello desde ahora, que para introducción esto es harto, y para no haber dicho nada que á tí te dé que decir, debo creer que he dicho mas de lo que debiera.

Dejemos á un lado el prólogo, ó juicio crítico de sus sátiras, en el que el autor indignado truena contra los prefacistas, quizás con razón sobrada, y *sin quizás* sin altas pretensiones; y entrémonos por la primera sátira adelante, rica, como las siguientes, de versos fáciles, de estudio, buena entonación y gusto. Verdad es que á veces nuestro poeta hace traición á esa misma entonación severa, que tú, como yo, lector *pitísimo*, no podrás menos de exigirle constatemente, convencido de que la sátira no es, ni será nunca popular, por humilde que sea el lenguaje en que se escriba, mientras conserve la antigua forma clásica. «He querido, dice el autor hablando de sus sátiras, que las mías estén, mas que las pocas publicadas hasta el día, al alcance de las capacidades mas desdichadas.» Y pregunto yo: ¿cree el esclarecido poeta que esas capacidades, dado caso que alcancen á entenderle, tengan toda la buena fé que es indispensable en los profanos, si han de gozar con la lectura de un libro como de

doscientas páginas, versificado en tercetos, aunque excelentes: pero, aunque excelentes, tercetos?

Afortunadamente, el poeta no se ha salido con la suya, como suele decirse, pudiendo mas su buen gusto que su mal propósito, y resultando de aquí que sus sátiras tienen lunares de mas ó menos consideración, como toda obra humana; pero lunares que bellezas de sumo valor hacen luego olvidar, pues ni son en gran número, ni á mi modo de ver las cosas, significan otra que precipitación de un día y pereza de muchos. Harto lo prueban estos versos, y otros que no cito, de la sátira primera.

No hayas temor de que la pluma venda
que mil verdades escribir solía,
aunque sirva mi cuerpo de merienda
á esa turba de grajos, turba impía,
que el habla pura de Solís y Larra
convierte en insufrible algarabía.

Ya su graznar mi tímpano desgarrar:
este corre hácia mí con ánsia loca,
por el negro gaban aquel me agarra:
cada cual importuno me sofoca,
y mas temibles son que al navegante
en medio de la mar inmensa roca.

Mas facil te será, sino te enojas,

ir y contar del viejo Manzanares
las menudas arenas y las hojas,
que no nuestros ingenios singulares.

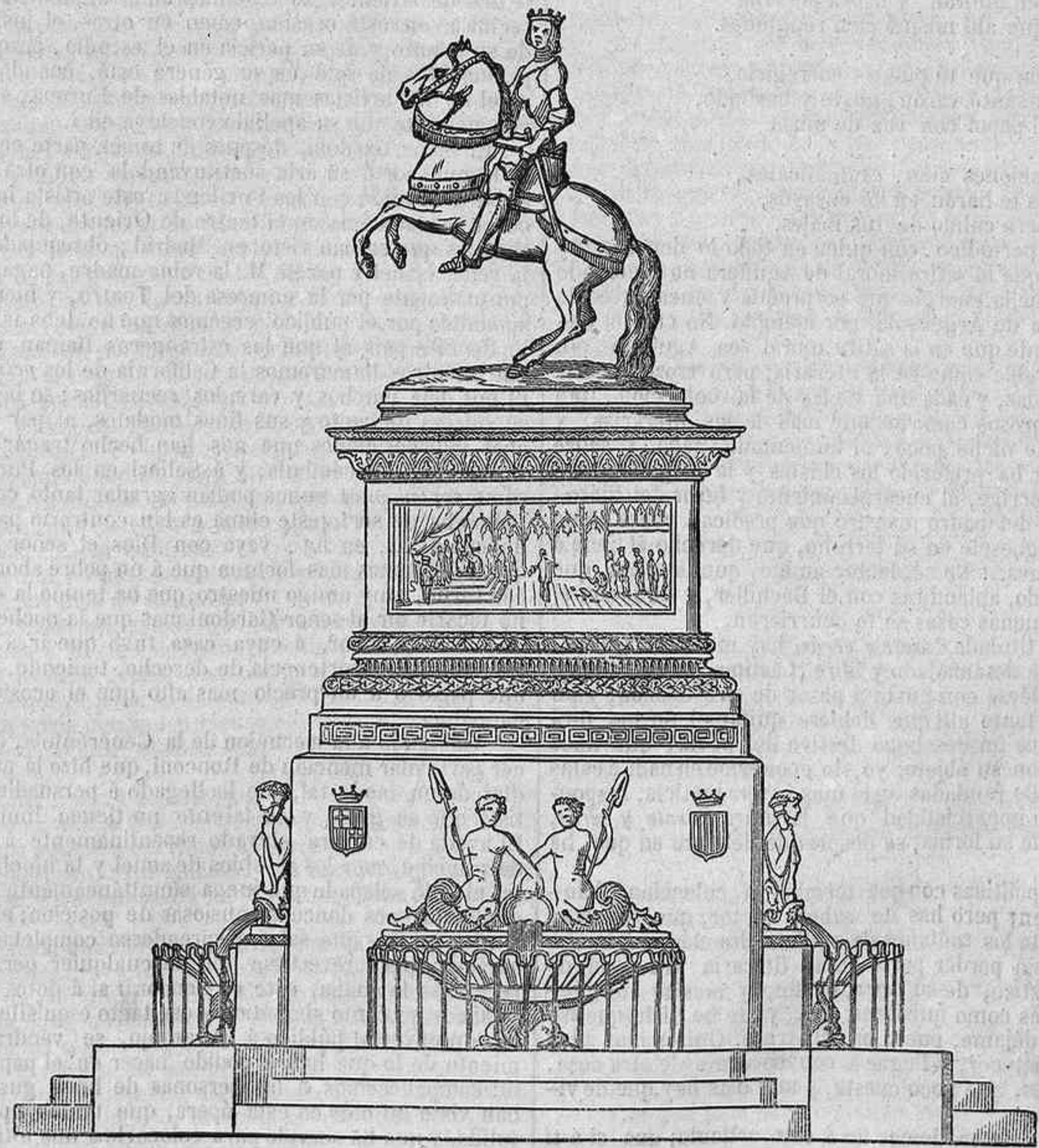
Terrífico tropel, hordas inmensas
asaltan con furor las redacciones,
como el gato goloso las despensas.

Esa plaga feroz todo lo inunda:
nacen poetas como cardos nacen,
que siempre la cizaña fué fecunda.

Aquí hay entonación, sabor clásico, conciencia. ¿Y qué dirás, lector, de los versos que siguen, fáciles como pocos, y satíricos como ellos solos?

En toda redacción tiende tus lazos,
corre aquí y aculla, y adula y miente;
á quien quieras peor dale los brazos;
arrástrate á manera de serpiente,
y todo el que á tus fines útil sea,
y todo el que á servirme se presente,
asediado por tí siempre se vea,
no le dejes vivir, vete á su casa,
búscales en el paseo, si pasea, etc.

Pero acaso ¡oh sufrido lector! no necesites de estos, ni otros testimonios, que en este mismo momento y sin gran



Monumento que va á erigirse en Barcelona en la Plaza Real, anteriormente de Capuchinos, á la memoria del rey D. Fernando II el Católico.

dificultad, pudiera presentarte, para estimar en lo que vale la colección de sátiras de nuestro Aguilera; y digo *nuestro*, porque no te supongo a tí menos apasionado suyo que el que, llevado de su conciencia, buen deseo y verdadero entusiasmo por el arte, ciencia, ó lo que fuere, que llaman *literatura*, escribe estos renglones, tan escasos de ingenio como otros muchos (ya que no menos), por desgracia y para confusión eterna suya. Si cualquiera de las de Aguilera sátiras literarias (trasposición se llama esta, que he cometido, figura) ha llegado, gracias á tu buena suerte, á tus manos (pues alguna de estas ha visto antes de ahora la luz) en las columnas de tal Revista ó cual semanario impresa, precisamente habrás formado tu opinión (favorable, por supuesto) acerca del resto de la colección, seguro de acertar en ella; que la bondad de la muestra no podía menos de hablarte muy en pró del que la hizo, recordándote aquel antiguo refrán que dice, que *quien hace un cesto, lo mismo hará ciento*.

Las sátiras literarias de Aguilera, particularmente las dos con que empieza la colección, son bellísimas, y están admirablemente escritas. ¡Con qué feliz ironía aconseja á Anton el poeta!

Y si algun envidioso, con torcida intención tus dislates criticara, vé corriendo á buscarle á su guarida.

Llévale al campo, rómpete la cara, y si, como no dudo, le vencieras, la razón será tuya, es cosa clara.

Escucha los contrarios pareceres del estudioso actor, y del petate que riza la peluca á las mujeres.

Y si alguno comete un leve yerro di que pegó una coz, que es un pollino.

Procura abandonar las montaraces costumbres, que heredaste de tu abuela, sencillas, castellanas, sin disfraces.

Charla sin compasión, murmura y muerde; no permitas que medre en esta villa quien con tus necedades no concuerde.

Dí á tu pandilla que te elogie todo con descaro inaudito, en su barato periodiquillo, que nació del lodo.

¡Cuán maliciosas razones aquellas, con que á Anton prueba el poeta que hay teatros, actores, literatura!

¿No hay teatros, Anton? yo bien los veo; ¿nunca de ver á la *Over*, y *Moriani*, ni á *Salvatori* te punzó el deseo?

Repara en *Petipá*.... tiembla el tablado, al descender, y tiembla cuando sube, por los aires en giro endemoniado.

Entre uno y otro varonil querube, asoma la *Neodot*, la *Guy* asoma de añil y bermellón por una nube.

Allí moral aprenderás sin duda; sabes tú lo que enseña una pirueta?....

Darán en el estreno tropezones, versos se engullirán, y habrá persona que fabrique allí mismo cien renglones.

Otro, sin que tú puedas corregirlo, siendo un santo varon, grave y barbudo, recitará el papel con voz de mirlo.

Observaciones cien, gramaticales, todos ellos te harán en los ensayos, eternos para colmo de tus males.

Ha dicho un periódico, con quien en todo lo demás estoy muy conforme, que la sátira moral de Aguilera no tiene todo el vigor, toda aquella energía que sorprende y encanta en la de la *Marquesilla* de Argensola, por ejemplo. No cree el Bachiller ciertamente que en la sátira moral sea Aguilera tan temible é inexorable como en la literaria; pero trozos podría entresacar de todas, y cada una de las de la colección, tan enérgicos y vigorosos como los que mas de las literarias, y cuenta que no he dicho poco, ni aumentado nada. Y sobre todo, si el autor ha preferido los chistes y la alegre malicia del poeta que corrige, al encarnizamiento y furor del filósofo que *gruñe*, ó del padre maestro que predica, véase cómo lo ha hecho, júzguese en su terreno, que derecho él tiene á exigirlo, y despues... Yo sé, lector amigo, que despues que hayas visto y leído, aplaudirás con el Bachiller, y dirás con el ángel cuantas buenas cosas se te ocurrieren.

En la sátira titulada *Cásate y verás*, hay mucho de Quevedo, y bastante de desenfado y libre. ¡Lástima es! La composición es bella, léese con gusto á pesar de su estension, y sin embargo... ¡hay tanto allí que debiera quitarse! Se me dirá que esta sátira es un desahogo festivo del poeta, que hace reír, y cumple con su objeto: yo, sin oponerme en nada á estas razones, que hallo fundadas en la mas severa justicia, responderé con entera imparcialidad que la sátira *Cásate y verás*, prescindiendo de su forma, se desprende del libro en que ha sido colocada.

Las sátiras políticas con que termina la colección, hánme parecido bien; pero has de saber, lector, que yo estoy convencido hasta los tuétanos de que la sátira clásica no puede ser política sin perder parte de su literaria gravedad, de su colorido artístico, de su *vejez*, en fin, y *maiciza* antigüedad. Tú pensarás como quisieres; yo... ya te he dicho que estoy convencido; déjame, pues, en mis trece. Quizás mas adelante varíe de parecer, y llegue á convencerme de otra cosa. Esperemos, pues, que poco cuesta, y mas días hay que de vida nos aguardan.

Entre tanto, lector, demos fin á este artículo; que si á tí va ya pareciéndote prolijo, no será yo ciertamente quien lo tache de ligero. Aguilera, autor de los *Eclos nacionales* y de la única colección de Sátiras que en castellano poseemos, ha dejado en ambas obras al público una honrosísima memoria de su nombre. La prensa, que tan pródiga es generalmente de alabanzas y recomendaciones, ha sido muda para Aguilera en esta ocasión. ¡Dios se lo perdone, y dé fuerzas á nuestro poeta para continuar su marcha!

Por esas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,

ha escrito Garcilaso, y todo el mundo sabe que Garcilaso murió de una pedrada por querer ganar una altura.

EL BACHILLER SANSON
CARRASCO.

CRITICA MUSICAL.

TEATRO DE ORIENTE.—LA CENERÉNTOLA.—DESPEDIDA DE GARDONI.—LA CONQUISTA DE GRANADA, ÓPERA DEL MAESTRO ARRIETA.

Jamás con tanto gusto hemos tomado la pluma como en este instante: no ha mucho tiempo que hablando de la ejecución de la *Sonámbula*, aconsejábamos á la señora Alboni que abandonara esta ópera y se dedicara exclusivamente á cantar las de Rossini, en las que luciría su prodigiosa facilidad: ignoramos si tal consejo ha llegado á oídos de la dicha señora Alboni; pero es lo cierto que nos ha regalado en la *Ceneréntola* una parte de los tesoros melódicos que hacen tan poderosa á esta cantatriz: el público madrileño ha hecho justicia á la señora Alboni, colmándola de bravos y estrepitosos aplausos; por nuestra parte hemos cumplido la palabra públicamente empeñada, desnudando nuestras manos, por el sistema de percusión, de los guantes, que impedían fuera mas ruidosa la espresion de nuestro entusiasmo; y nada mas justo si se atiende á que la Alboni de la *Ceneréntola* no es la *donna* anti-dramática de la *Favorita*, ni la anti-romántica de la *Sonámbula*, sino la joven sencilla que, no combatida por violentas pasiones, canta la dicha de llegar al término feliz de una tierna simpatía amorosa, en un *rondo* final lleno de gracia y de dulzura: creemos que en esta ópera se ha mostrado la Alboni hasta mas poseída del papel que ha representado; pero á su canto no es comparable ni el del ruiseñor: para serlo era preciso que esta ave supiera *frasear* como la Alboni, y poseyera, en fin, las dotes artísticas de esta *donna*. No se crea exagerado nuestro lenguaje, pues no es otra cosa que la pura espresion de una verdad, tan grande como la de que se pagan á este *pro-ruiseñor diez mil reales vellon* cada noche que canta. Aquí recordamos el célebre dicho de Felipe V, que al ver correr las aguas de la fuente de la Fama, exclamó: «cinco minutos me divierte y cinco millones me cuesta».... pero dejemos esto (porque, como dijo don Quijote, peor es meneallo), y echemos una ojeada sobre los artistas que han acompañado á la señora Alboni en la ejecución de dicha ópera.

A merced de compromisos fuertes é irrecusables, nuestro compatriota el célebre actor lírico-cómico señor Salas, se ha prestado á cantar la parte de don Magnífico, de lo que nos damos el parabién: 1.º porque Salas ha vestido, jugado y cantado su parte con precision é igualdad en el todo de la obra, sin permitirse la mas mínima licencia, á pesar de estarle algo baja la tesitura, dando en esto una prueba mas de su conciencia artística; y 2.º porque el artista español ha hecho llamar sobre sí la atención pública, y ha obtenido repetidos y merecidos aplausos al lado de notabilidades de tantopeso, y en un teatro tan grande y tan aristocrático como el teatro de Oriente. No teníamos duda alguna de que Salas recibiría en esta ocasión, como en otras, el justo galardón de su talento y de su pericia en el estudio, porque estamos persuadidos de que en su género está, cuando menos, al nivel de los artistas mas notables de Europa, sin que para ello necesite que su apellido concluya en *z*.

El tenor Gardoni, despues de tomar parte en esta ópera (á la que cortó su aria substituyéndola con otra mas fácil), se ha despedido con los Puritanos: este artista ha sido en su corta permanencia en el teatro de Oriente, de los mas afortunados que se han visto en Madrid; obsequiado por S. M. la reina Isabel y por S. M. la reina madre, pagado pingüe y puntualmente por la empresa del Teatro, y bien recibido y aplaudido por el público, creemos que no debe ir descontento de este país al que los extranjeros llaman el Africa, y que nosotros llamaremos la California de los *primos*. Gardoni nos deja muchos y variados recuerdos; su bellísima voz, su pureza de canto y sus finos modales, al par de sus muchas indisposiciones que nos han hecho tragar á San-Giovanni en la *Sonámbula*, y á Solieri en los Puritanos, que como *suplementos* nunca podían agradar tanto como él; pero ¡cómo ha de ser! ¡este clima es tan contrario para las voces delicadas!.... en fin, vaya con Dios el señor Gardoni, á quien deseamos mas fortuna que á un pobre abonado en tercer turno, muy amigo nuestro, que ha tenido la desgracia de no tocarle oír al señor Gardoni mas que la noche del beneficio de este señor, á cuya casa tuvo que ir á comprar el asiento, que le pertenecía de derecho, teniendo, por contera, que pagarlo á un precio mas alto que el acostumbrado en contaduría.

Volviendo á la ejecución de la *Ceneréntola*, debemos hacer particular mencion de Ronconi, que hizo la parte de Dandini de un modo tal, que ha llegado á persuadirnos este artista que su genio y su talento no tienen límite conocido. El ayuda de cámara, elevado repentinamente á la categoría de príncipe, con los resabios de aquel y la hinchazon de este; el pillito solapado que juega simultáneamente con el amor de dos jóvenes doncellas ansiosas de posicion; el actor eminente, en fin, que sabe desprenderse completamente de su carácter, para revestirse del de cualquier personaje cuyo retrato se le confia, este es Ronconi: si á dotes tan elevadas se añade su canto simpático y ese tacto esquisito con que sabe conmover al público á su antojo, se vendrá en conocimiento de lo que habrá podido hacer en el papel de Dandini: compadecemos á las personas de buen gusto que no le han visto ni oído en esta ópera, que tantos aplausos le ha valido, y que ha servido para colocarle á una altura, si es posible, mas elevada de la que ocupa en concepto del público madrileño.

Poco nos resta ya que decir respecto á la ejecución de la *Ceneréntola*: el Sr. Barba y las Sras. Moscoso y Donatutti completaron el cuadro sin ser un estorbo para la buena eje-

cucion del conjunto; hasta los coros y la orquesta nos parecieron mejor que de costumbre: de todo lo que resulta que la *Ceneréntola* es la ópera que hasta el presente ha sido mejor desempeñada en el teatro de Oriente. Lástima es que por ahora no pueda seguirse ejecutando, aunque mas no fuera por tener el gusto de volver á oír el quinteto, el final del primer acto, el duo de bajos, el sesteto y el *rondo* final, que son las piezas que con mas precision, aplomo y delicadeza se han cantado.

Ahora vamos á hacer una observacion muy singular. Cuando los literatos y poetas, etc. etc. escribieron aquellas composiciones que con tanta profusion se repartieron el día de la apertura del teatro en cuestion, lo hicieron sin duda animados de esa buena fé, de ese entusiasmo propio en los hijos de Iberia, que ven todas las cosas del modo que mejor cuadra á sus buenos deseos y á sus necesidades: en consecuencia de esto pensaron que al crearse un nuevo teatro, las artes y la literatura españolas tendrían en él un templo constantemente abierto á la juventud estudiosa que luciera en él su talento: ¡qué candidez! Tambien nosotros llegamos un momento á pensar lo mismo, cuando supimos que se preparaba para ponerse en escena la *Conquista de Granada*, ópera escrita por el compositor español D. Emilio Arrieta. Grande fue nuestro contento al saber que tres dias consecutivos se habian ensayado los coros, que las decoraciones estaban casi del todo concluidas, que los trages estaban haciéndose á toda prisa. Con tales noticias no pudimos menos de exclamar: ¡Gracias á Dios, por fin se cumple la profecía de los vates! Pero tan grande como fué nuestra alegría, lo fué nuestro pesar al saber que la Sra. Alboni se negaba á cantar la parte de Isabel la Católica, sin excusa alguna razonable; y en fin, que los ensayos se habian suspendido, y que la ópera ya no se ponía en escena... ¡Adios vaticinios de gloria!... Entonces nos acordamos de la fábula de la lechera, y no pudimos menos de concluir haciéndonos una pregunta: ¿Es esto lo que esperan las artes, del Teatro de Oriente?

F. B.

La Europa en el siglo XVII,

POR M. VICTOR HUGO. (1)

Escepto algunos detalles que vendrán despues, y que en nada perjudican al conjunto, talera la Europa en el momento que queda indicado. Como ha podido echarse de ver, el dedo divino que conduce de progreso en progreso á las generaciones humanas, era visible en todos los elementos que constituian su disposicion exterior é interior; y aquella colmena de reinos y naciones diversas, se ofrecía á las inteligencias admirablemente combinada para permitirles desplegar y encaminar las ideas hasta el punto de la mas alta civilizacion.

Prescindiendo de algunas excepciones universalmente reconocidas, y tomando solo en cuenta aquel conjunto, el trabajo de los espíritus, verdadero negocio del género humano, se verificaba en Europa en el siglo XVII con mas armonía é intension que en ninguna otra parte del globo. Por aquel tiempo respiraban la misma atmósfera, trabajaban las mismas ideas, fecundaban su genio con las mismas observaciones Galileo y Grocio, Descartes y Gasendi, Harvey y Lope de Vega, Guido, Ribera, el Pousino, Cervantes, Shakespeare, Rubens, Vandik, Richelieu, Gustavo Adolfo y Walstein, Milton, Corneille y Calderon; todos los reyes, todos los pueblos, todos los hombres, sin conocimiento mútuo, y casi sin voluntad propia, se consagraban á un mismo punto, que es todavia el fin á que se dirigen las actuales generaciones, la mejora de la sociedad, es decir, la civilizacion y la cultura.

La Europa era, pues, entonces, como ahora, un gran taller donde se elaboraba en comun aquella obra magna.

Dos únicos intereses separados por un instinto egoista de la actividad general, espianaban sin cesar aquel gran laboratorio para sorprenderle y dominarle, procediendo el uno por la invasion, el otro por vias corruptoras; ardiente aquel y estrepitoso, abria de tiempo en tiempo anchas brechas en la muralla de la civilizacion; hábil, discreto y político el otro, se introducía diestramente por cualquiera puerta entreabierta; y ganando ambos terreno de dia en dia, ponian en continua alarma al resto del pais europeo. Aquellos dos intereses diversos se personificaban en dos imperios; y aquellos imperios eran dos colosos.

El primero de los dos, que habia tomado posesion de una de las costas del Mediterráneo, representaba el espíritu de conquista, de guerra, de barbarie; el segundo, situado al extremo de la otra costa, representaba el espíritu de comercio, de política, de corrupcion. Ambos eran entre sí enemigos declarados; ambos sin embargo venian á serlo de la civilizacion y del progreso.

Apoyábase el primero de aquellos dos colosos en el Africa y en Asia; en aquella poseía á Argel, Marruecos, Tunez, Tripoli, y el Egipto entero; es decir toda la costa desde el Peñon al Istmo de Suez, y penetraba despues en la Arabia troglodita desde Suez, sobre el Mar Rojo, hasta Suaken.—Poseía ademas tres de las cinco tablas en que Ptolomeo dividía el Asia, la primera, la cuarta y la quinta.—Poseer la primera, era ser dueño del Ponto, la Bithinia, la Frigia, la Licia, la Paflagonia, la Galatia, la Pamphilia, la Capadocia, la Armenia menor, la Caramania, es decir, todo el trapecio de Ptolomeo desde Alejandrieta hasta Trebisonda.—Poseer la cuarta tabla era dominar á Chipre, la Siria, la Palestina, toda la ribera desde Firamidis hasta Alejandria, la Arabia desierta, la Petrea, la Mesopotamia, y Babilonia, que entonces se llamaba *Bagadet*.—Por último, poseer la quinta tabla, era todo lo que queda comprendido entre dos líneas que partiendo de Trebisonda y siguiendo al Norte hasta la Hermanasa de Ptolomeo y hasta el Bósforo Cimeriano, que los italianos apellidan *Bocas de san Juan*, penetrase en la Arabia feliz, y dirijese en seguida su rumbo por Suez hasta la embocadura del Tigris.—Tenia, en fin, ademas de estas tres inmensas regiones, toda la grande Armenia, y los paises que Ptolomeo coloca en la tercera tabla hasta los confines de Persia y de Tartaria.

De esta manera sus dominios de Asia tocaban al Norte con el Archipiélago, el mar de Mármara, el mar Negro, el

(1) Véase el número anterior.

Palus Metis y la Sarmacia asiática; al levante con el mar Caspio, el Tigris y el golfo Persico que se llamaba *el catif*, al poniente con el golfo arábigo, que es *el Mar rojo*; y al mediocidio con el Océano Indico.

Tenia en Europa el Adriático, desde Knin por bajo de Ragusa, el Archipiélago, la Propontide, el mar Negro hasta Caffa en Crimea, que es la antigua *Theodosia*: la alta Hungría, hasta Buda, la Tracia, hoy *Romelia*: toda la Grecia, es decir, la Tesalia, la Macedonia, el Epiro, la Acaya, y la Morea: casi toda la Iliria, la Dalmacia, la Bosnia, la Serbia, la Dacia y la Bulgaria, la Moldavia, la Valaquia, y la Transilvania; cuyas tres vavvodias eran suyas; y todo el curso del Danubio desde Waitzen hasta su embocadura.—Poseía, pues, once mil doscientas ochenta millas de costas marítimas, y en superficie terrestre un millón doscientas tres mil doscientas diez y nueve millas cuadradas.—Figurémonos un gigante de novecientas leguas de anchura, por mil y ciento de largo, recostado al través del mundo antiguo, con el talon izquierdo en Africa, la rodilla derecha en el Asia, un codo sobre Grecia, otro sobre Tracia, la sombra de su cabeza en el Adriático, en el Austria, la Hungría y la Podolia, abanzando la monstruosa faz, y hacia la Polonia, ya hacia Venecia, ya en fin sobre Alemania, y mirando fieramente á todo el resto de Europa.

El otro coloso tenia su asiento principal, bajo el cielo mas puro del mundo, en una península bañada al Levante por el Mediterráneo, por el Océano al Occidente, separada del Africa por un estrecho brazo de mar, y del resto de Europa por una elevada cordillera de montañas.—Esta península contenia diez y ocho reinos, á los cuales imprimia su unidad.—Tenia á Serpa y Tánger, que son las llaves del estrecho de Gibraltar, y segun la placia abrirlo ó cerrarlo, hacia de él un mar ó un lago, lanzando sus flotas sobre aquellas aguas por veintiocho puertos metropolitanos, ó sobre el Océano por treinta y ocho que poseia en sus costas.

Tenia en Africa el Peñon de Velez, Oran, Melilla, Mazarrquivir (que es el mejor puerto del Mediterráneo), Mazagan y toda la costa desde el cabo de Aguirre hasta el Gardafui.—En América una gran parte de la península septentrional, la costa de la Florida, la Nueva España, Yucatan, el imperio Mejicano, las Californias, Chile, el Perú, el Brasil, el Paraguay, toda la península meridional hasta la Patagonia.—En Asia poseia á Ormuz, Diu, Goa y Malaca, que son las cuatro plazas mas fuertes de su costa; Daman, Barin, Zanaa, Ciaul, el puerto de Colombar, los reinos de Camanor, de Cochín y de Colán con sus fortalezas; y excepto Calicut, toda la ribera del Océano indico, desde Daman á Melipur.—Tenia, en fin, en el mar, y en todos los mares, las tres islas Baleares, las doce Canarias, las Azores, Puerto Santo, Madera, las siete islas de Cabo Verde, Santo Tomás, isla de Dios, Mozambique, la grande de Baaren, la de Manaar, la de Ceylan; cuarenta de las Filipinas, de las cuales la principal, Luzon, tiene de largo doscientas leguas; Cuba, Santo Domingo y Puerto-Rico; las cuatrocientas islas Lucayas, y las del mar del Norte, cuyo número no está sujeto á cálculo.

Era tener suyo todo el mar, casi toda la América, y en Africa y en Asia todo lo que el otro coloso no poseia.

En Europa, ademas de su vasta península, centro de su poder, y disco de sus rayos, tenia la Cerdeña y la Sicilia, que son demasiado reinos para ser contados en el número de las islas; tenia la Italia por sus dos estremidades, por el reino de Nápoles y por el estado de Milan, que ambos eran suyos; y estrechaba á la Francia todavia mas potentemente por los tres estados que poseia en sus fronteras, el Rosellon, la Flandes, y el Franco Condado, que venian á formar un semicírculo en que parecia estender su vigoroso brazo sobre la nacion francesa.

El primero de aquellos dos colosos era la TURQUIA; el segundo era la ESPAÑA.

Ambos inspiraban al resto de Europa, el primero un profundo terror, el segundo una profunda desconfianza.—En la Turquía se veia dominar el espíritu del Asia, y en la España el del Africa. El islamismo franqueando el antiguo pasaje del Buey, *Bos-poros*, habia plantado su cola de caballo sobre una pica en la ciudad de las siete colinas, émula y heredera de Roma, y que habia edificado iglesias cuando Roma no tenia mas que templos.

Desde el año fatal de 1453, la Turquía venia representando en Europa la barbarie, haciendo perder la forma de la civilizacion á todos los países á donde llegaba su aliento.—Con los turcos y su fanático sistema marchaba la peste, la guerra y el incendio; y sobre aquella misma ciudad en que brillara un dia el lábaro de Constantino, ondaba ya perpetuamente una bandera negra, iluminada por un incendio.—Por una de aquellas combinaciones misteriosas en que se cree ver distintamente escritas las sentencias de la Providencia divina, habia sido entregada como presa á aquel monstruo devorador de la humana civilizacion, la metrópoli de la sociabilidad, la patria del pensamiento, la tierra de la poesia, de la filosofia y de las artes: la Grecia: y en el instante mismo y al simple contacto de los turcos, la Grecia, hija del Egipto y madre de la Italia, habia llegado á ser bárbara, y una especie de lepra habia desfigurado su genio, su suelo, sus monumentos, y hasta su idioma armonioso; bastardeada por una multitud de consonantes ásperas y de guturales sonidos, que crecian á su lado como el espinoso salvaje sobre las ruinas, se habia desfigurado la mas dulce, la mas sonora, la mas armoniosa de las lenguas. Los vocablos turcos, amalgama grosera de todos los dialectos del Asia, habian turbado para siempre aquella lengua transparente, tan pura, tan espléndida, lengua cristalina, de donde nacia espontáneamente una poesia de diamantes. Hasta los nombres mismos de las ciudades griegas se habian deformado y llegado á ser odiosos. Argos se habia trocado en *Philoquia*; Deolos en *Dily*; Zefirium en *Zafra*; Tzorolus en *Tchourli*; Sagallessus en *Sadjaku*; Nissa en *Nous-Sherh*; el rio Archelous en *Aspro-Potamos*; y el Poretus en *Prouth*. Un sentimiento doloroso asaltaba á la mente, viendo convertida á Cos, la patria de Apelles y de Hipócrates, en *Stan-ko*; en *Skipsilar*, á Scala-Hyla, donde Thucídides escribia su historia; en *Temes-var* á Toni, donde fué desterrado Ovidio; en *Kokso* á Contousos, donde lo fué san Juan Crisóstomo; y en *Salenti* á Trajanópolis, la tumba de Trajano.—El Olimpo, el Ossa, el Pelion y el Pindo, se llamaban *el Bajaluto de Janina*, y un bajá recostado sobre una piel de tigre, arrugaba su entre-

cejo en la misma montaña de Júpiter.—La misma irónica antagonia que en los nombres, observábase tambien en las formas de gobierno; la Etolia, aquella fiera república, formaba hoy un despotado, y *el valle de Tempe*, vuelto salvaje é inaccesible, bajo el nombre de *Licostomo*, se habia metamorfoseado en *Valle de los Lobos*.

La idea terrible que despierta la barbarie hecha nacion con ejércitos y armadas, se encarnaba viva en el sultan de los turcos, y apenas la Europa horrorizada se atrevia á mirar de lejos á aquel horrible potentado. Sus riquezas eran fabulosas, y pasaba su renta de quince millones de escudos de oro. Era el mas poderoso príncipe en caballeria; y sin contar su numerosa guardia de catorce mil genizeros, sostenia constantemente sobre el pié de guerra 50 mil Spahis y 150 mil timariotas, en todo 200 mil caballos.—Sus galeras eran innumerables, y al año siguiente del combate de Lepanto, la flota otomana podia aun hacer frente á todas las armadas de la cristiandad. Tenia tan gruesa artilleria, que su estampido solo al decir de las gentes, bastaba para derrocar los muros de las ciudades, y recordábase con terror que Mahomet II durante el sitio de Constantinopla, habia hecho construir un mortero monstruo que se manejaba arrastrado por dos mil bueyes y sobre rodillos, el cual, asestado á la ciudad, vomitó dia y noche torrentes de fuego y de piedras.—La potencia en fin, del Gran Turco, era desmesurada, y podia hacer frente á todas partes, de suerte que al mismo tiempo que guerreaba contra toda la Europa, Soliman habia tomado á la Persia el Dianbekir, y Amurates la Media; Selim habia conquistado á los Mamelucos la Siria y el Egipto, y Amurates II exterminado á los georgianos ligados con el Sophi.—Así el Sultan, no daba comunicacion ó los demas príncipes mas que hasta su *Sublime Puerta*, y databa desde su imperial estribo las cartas, ó mas bien las órdenes que les dictaba; todo esto sin perjuicio de hacer romper los dientes á sus embajadores cuando montaba en cólera.—Los turcos mismos veian su aparicion con el mas profundo terror. Llamábanle *El hijo de la Esclava*, y á su palacio *la Casa del asesino*, y añadian que *la yerba no crece por donde ha pasado su caballo*.

El rey de las Españas y de las Indias, (especie de sultan católico,) era mas rico por sí solo que todos los otros monarcas de la cristiandad reunidos; y no tomando en cuenta mas que su renta ordinaria, retiraba cada año de Italia y Sicilia cuatro millones de escudos de oro, dos millones de Portugal, catorce de la España, y treinta y mas de las Américas. Las diez y siete provincias que componian sus estados de los Países Bajos, incluidos el Artois, Cambresis y los Ardennes, pagaban anualmente al rey católico tres millones de escudos de oro. Milan, como tan rica pieza envidiada de todos, era mas costosa y difícil de guardar: hacíase preciso vigilar á Venecia, su celosa vecina; cubrir de tropas la frontera de Saboya para contener al duque; armar el fuerte de *Fuentes* para hacerse respetar de suizos y grisonos; entretener y reparar las buenas ciudadelas del país, sobre todo Novara, Pavia y Cremona, en la última de las cuales, algo bulliciosa, era menester mantener una guarnicion de mil caballos y cuatro mil infantes, y sostener sobre todo el famoso castillo de Milan, en el cual se trabajaba incessantemente. Véase por lo dicho que aquel estado costaba muy caro al rey católico; pero sin embargo, deducidos gastos, todavia venia á verter en el real tesoro ochocientos mil ducados anuales. Hasta las mas pequeñas fracciones de aquel poderoso imperio pagaban á sus arcas su modesto tributo. Las islas Baleares, por ejemplo, rendian cincuenta mil escudos, y todo esto, como ya hemos dicho, no era mas que la renta ordinaria: en cuanto á los impuestos extraordinarios, eran incalculables. Solamente el ramo de Cruzada producía la renta de un reino: nada mas que con el subsidio eclesiástico mantenía el rey de España cien galeras; y á todo esto se añade la venta de las encomiendas, las caducidades de los bienes y títulos, las alcabalas, las tercias, las confiscaciones, los dones gratuitos de los pueblos y de los señores, como por ejemplo, el reino de Nápoles que daba cada tres años un millon y doscientos mil escudos de oro, y el de Castilla que en 1615 ofrecía al rey cuatro millones de oro pagaderos en cuatro años.

Tan asombrosa riqueza se resolvía en poder. Lo que el gran sultan era para la caballeria, el rey de España era para la infanteria: decíase en Europa *caballeria turca*, *infanteria española*; ser grave como un gentil hombre, diligente como un miguelete, sólido contra el choque de los escuadrones, imperturbable ante la mosqueteria, conocer las ventajas y desventajas en la guerra, no estraviarse, no olvidar nada, no disputar jamás, servirse de todo segun la necesidad, sufrir el calor y el frio, el hambre y la sed, el trabajo y la fatiga, marchar como los demas combaten, combatir como los demas marchan, hacer de la perseverancia y la paciencia las primeras condiciones, y coronarlas ambas con un valor heroico: tal era el soldado español, aquel denodado adalid que habia arrojado á los moros de la Peninsula, invadido el Africa, sometido la Etiopia y la Cafreria, tomado á Málaga y los Molucos, conquistado la Italia, la Holanda y la Flandes, las Indias orientales y el Nuevo mundo.—Después de la infanteria española, seguía por orden de su importancia la infanteria valona, y la infanteria valona era tambien del rey de España.—Su caballeria, que solo cedía á la turca, era la mejor montada de Europa; tenia los hombres de España, los caballos de Regnes, de Borgoña, de Flandes, y de Andalucía.—Sus arsenales rebotaban en municiones de guerra, y solo en las tres salas de armas de Lisboa, habia coseteles para 15,000 hombres de á pié, y corazas para 10,000 de caballeria. Sus fortalezas, en fin, no tenian número, y diez de entre ellas, Collioure, Perpignan, y Salses al mediodia, Gravelines, Dunkerke, Hesdin, Arras, Valenciennes, Philippeville y Maramburgo al norte, abrian otras tantas profundas brechas á la Francia de hoy dia.

Pero la mayor potencia del rey de España, no eran sus fortalezas, ni su caballeria, ni su infanteria; era su armada; y al mismo tiempo que tenia bajo sus órdenes los primeros hombres de guerra de Europa, tenia tambien los mejores hombres de mar. Ningun pueblo navegador igualaba por aquella época á los vizcaínos y catalanes, portugueses y genoveses, y todos estos eran españoles. Sevilla, que figuraba entre las primeras ciudades marítimas de Europa, aunque situada bastante tierra adentro, era un semillero de hombres de mar y á su *Torre del oro* aboraban las flotas de Mejico y del Perú. Pero nada nos dará una idea mas aproximada, á lo que era entonces la España marítima, que una

ligera inspeccion sobre lo que fué *la Invencible armada* de Felipe II, poco conocida como otras muchas cosas de que la historia habla con entusiasmo, pero cuyos detalles no se digna revelar. Estos detalles que hemos por fortuna podido hallar no sin gran trabajo, helos aqui:

Corria el año de 1588, cuando el poderoso rey de España, á quien ya empezaban á molestar las impertinencias de los ingleses, quiso acabar de una vez para siempre con ellos, y á este fin armó una escuadra compuesta de veinte y cinco navios de Cadiz y Sevilla, 25 de Vizcaya, 50 bajeles chicos de Cataluña y Valencia, 20 chalupas de cuatro villas de Guipuzcoa, 100 gabarras de Portugal, 14 galeras y 4 galeones de Nápoles, 12 de Sicilia, 20 de España y 30 urcas de Alemania en todo 350 velas, manejadas por 9000 marineros. Para apreciar esta escuadra, preciso es tener en cuenta lo que entonces era una galera, que representaba una suma tan considerable, que toda la costa septentrional de Africa, excepto Argel y Trípoli, no producian al Sultan mas que lo preciso para armar y mantener dos galeras.

Las provisiones de boca de aquella armada eran como puede imaginarse, inmensas. He aqui algunas cifras muy exactas y curiosas: 167.500 quintales de galletas, suministradas por Burgos, Campos, Murcia, Sicilia, Nápoles y las Islas: 11000 quintales de carne salada procedente de Estremadura, Galicia y Asturias: otros tantos de tocino, de Sevilla, Ronda y Vizcaya; 23000 barriles de pesca salada de Cadiz y los Algarbes; 28000 quintales de queso, de Mallorca y Portugal; 14000 quintales de arroz, de Valencia y Génova; 23000 arrobas de aceite y de vinagre de Andalucía; 26000 fanegas de judias suministradas por Cartagena y Sicilia; 26000 toneles de vino, dados por Málaga, Marsella, la Mancha y Jerez. Las provisiones de trigo, hierro, y telas procedian de Andalucía, Nápoles y Vizcaya, pero ignoramos sus cantidades.

(Continuará.)

VICTOR HUGO.

EXAMENES GENERALES EN EL COLEGIO DE SORDOS-MUDOS Y CIEGOS.

El dia 28 del mes último se verificaron los exámenes anuales del Colegio de Sordo-mudos y Escuela de ciegos, presidiendo el acto el Excmo Sr. D. Mateo Seoane, director de la Sociedad Económica Matritense, bajo cuya proteccion se halla establecido dicho colegio, asistiendo tambien los señores Rector y Secretario de la Universidad literaria, una comision del Excmo. Ayuntamiento, los individuos de la Junta directiva del Colegio, y una numerosa concurrencia de personas distinguidas, hallándose completamente lleno el gran salon de la casa Colegio calle del Turco, donde se celebraba aquella solemnidad.

Fueron examinados todos los alumnos sordo-mudos en escritura, circulando entre los concurrentes las planas y muestras improvisadas; en nomenclatura general de los objetos, en pronunciacion y signos de religion, en Historia sagrada en geometria y dibujo, presentándose muy bellos de figura y paisaje al lapiz, tinta china y aguada, y no lo fueron tambien por falta de tiempo de aritmética y de geografia, segun marcaba el programa impreso que circuló con profusion. Las esplicaciones de los alumnos dejaron sumamente complacida de sus adelantos á la numerosa concurrencia que tomaba en ellos el mayor interés; y de ello recibió unánimes demostraciones el celosísimo, modesto y entendido gefe del establecimiento, el Sr. D. Juan Manuel Ballesteros, y los demas profesores, que en medio de la penuria y privaciones del colegio, han conseguido ofrecer resultados muy lisonjeros.

Seguidamente se procedió al examen de la Escuela de ciegos, aneja al mismo Colegio, y los alumnos y alumnas de la misma dieron notables muestras de su inteligencia y aplicacion á la lectura y escritura, aritmética y geometria, gramática y geografia, siendo realmente admirable la precision y rapidez con que al simple contacto de los dedos leian los escritos en caracteres de relieve; la no menor delicadeza con que trazaban la nueva escritura á puntos de que se circularon numerosas muestras, y sus conocimientos generales en problemas aritméticos, trazado de figuras geométricas, análisis gramaticales, régimen y construccion de las oraciones y esplicacion de los mapas geográficos.

Por último, la ciega de *Manzanaras* improvisó algunos versos en castellano, y pronunció ademas un elegante discurso latino con esa facilidad que la ha hecho célebre; y las alumnas Maria Jimenez é Isabel de Diego ejecutaron al piano y acordeon una pieza concertante, y la última cantó la cavatina de *Maria di Rohan* con lo cual y con la reparticion de los premios á los alumnos, terminó este interesante acto.

En él, como en los celebrados en los años anteriores en el mismo Colegio y Escuela, se observa la buena disposicion de los alumnos de ambas clases, el excelente método de enseñanza, y el buen orden y régimen del establecimiento, todo lo que honra benemérita al director Sr. Ballesteros y señores profesores; pero tanto en el número de alumnos, que nos parece corto respecto á la necesidad, por ser segun creemos el único Colegio de Sordo-mudos y ciegos de España, cuanto en la aplicacion á labores y oficios prácticos que pueden serles útiles en lo sucesivo, (ademas de la imprenta y encuadernacion que existe á cargo de los Sordo-mudos) somos de opinion que pudiera y debiera darse mas amplitud á este filantrópico establecimiento, y que si bien en su principio pudo bastar el excelente ensayo hecho por la benemérita Sociedad Económica Matritense, hoy, considerado este establecimiento como nacional, y que debe ser regido é impulsado directamente por el gobierno como instituto de enseñanza especial, merece mayor proteccion, mayor influencia de parte de este para elevarlo á la categoría que le corresponde, y no quedarse tan rezagado respecto á los extranjeros en que se cultiva y enseña el admirable arte, inventado por el español Ponce de Leon, segun la confesion espontánea del célebre *Abate L'Epeé*, su perfeccionador.



Delicias del celibato.

—¡Juana! ¡Juana!—Allá vá señor.—(Tocando la campanilla) Pero, ¡Juana!!! ¡Juana!!! ¿no oyes?—¡Voy! ¡voy!—¡Oh! ¡Dios mio, yo me ahogo! (Tocando mas fuerte.)—Juana de los diablos.—(Juana entrando).—Qué hay señor, ¿ha llamado usted!



Un suño interrumpido.

—¡Oh! ¡Dios mio!!! son ladrones.... ¡lo me.ros son diez!!! ¡armados todos hasta los dientes!....

«¿usted en nuestra entrevista. Ahora se las manifestaré, para que viendo cuán fundadas son, desista de sus pretensiones. Yo necesito para marido de mi hija un hombre que a la cualidad de honrado, reúna la de ejercer una profesión u oficio que le asegure un porvenir en el mundo. Cuando usted tenga una posición en la sociedad que le haga digno del amor de mi hija, del aprecio de sus padres, y de la consideración pública, entonces puede usted contar con la mano de Eloisa, y sobre todo con el dote que la tiene preparado su padre,

SERAFIN DE X....»

Apenas oyó doña Eduvigis la anterior carta, que antes que ninguno de cuantos estaban delante pudieran dirigirla una sola palabra, salió a la calle, subió al carruaje que aun esperaba allí, y dijo al cochero:

—Pronto, muy pronto, a la calle de Leganitos, al número... Preciso es que renuncie a describir cómo sentó la lectura de la anterior carta a don Adolfo y sus amigos al ver tan completamente burladas sus esperanzas, y sobre todo el *quid pro quo* de haber venido en el coche tan enamorado galan estrechando la mano de doña Eduvigis, por terminar esta historia contando lo que pasó a don Serafin y su hija desde que entraron en su respectivo coche.

Cuando don Serafin alquiló el carruaje que necesitaba la noche en que pensaba dar a don Adolfo el chasco que vá referido, le dijo al cochero que era preciso que estuviera a las diez y cuarto ó diez y media en la calle de Leganitos, frente a la casa número... y que apenas subiera una señora que le había de acompañar, se dirigiera muy despacio hacia el centro de Madrid, y pasada una hora, poco más ó menos, volviese al mismo sitio de donde partiera. También encargó al portero que apenas estuviese de vuelta su esposa, apagase los faroles de la escalera, y aun a los criados que hiciesen lo mismo con las luces que había en las antecámaras y otras piezas hasta llegar a su gabinete.

Luego que entró Eloisa en el coche en que la esperaba su padre, este la agarró una de sus manos fría y convulsiva, que ella quiso retirar; pero que al fin dejó abandonada entre las que creía de su futuro esposo, aguardando sin duda alguna palabra tierna y cariñosa que la hiciera olvidar la pena que sentía por la acción que acababa de llevar a cabo; pero el mas profundo silencio reinaba en el carruaje, que después de rodar algun tiempo, se paró. El lacayo abrió la puertecilla, don Serafin se apeó, y sin decir una sola palabra le siguió Eloisa enlazando el brazo con el de su papá. Entraron en un portal á oscuras, y comenzaron a subir algunos escalones sin que Eloisa conociera el terreno que pisaba.... Al llegar a una puerta, don Serafin dió unos golpecitos con la mano, la puerta se abrió, y continuaron á oscuras: aquí ya no pudo contenerse Eloisa, y exclamó con acento de amarga reconvencción:

Eloisa. ¡A dónde me llevas! Me has arrancado de la casa de mis padres, para no decirme ni aun una sola palabra de consuelo?...

No había acabado de pronunciar la última espresion cuando se abrieron de par en par dos grandes puertas, y Eloisa se encontró a la entrada del gabinete de su padre.

Eloisa. ¡Dónde estoy!... Dios mío, es un sueño (exclamó volviendo la cara hacia su pareja, que acababa de quitarse un enorme cuello de piel con que se había tapado la cara.)

D. SERAFIN (con voz dulce y cariñosa, al mismo tiempo que salía doña Eduvigis a recibirlos...). En tu casa... Entre los brazos de tus padres que te han salvado de un precipicio sin fondo á donde te conducían tus pocos años, y la fatuidad de un amante de novela...

Eloisa (arrojándose llorosa en los brazos de don Serafin). ¡Papá! ¡perdon! ¡perdon!... Yo le amaba y creí que él me amaba también.

D. SERAFIN (con dulzura). Basta, hija mía.... No se hable mas del caso... Tú eres una niña, y él un atolondrado con muy pocos años... Para recibir en las aras del señor la bendición del sacerdote que une dos personas para toda la vida, no solamente se necesita amor, esto es, ese amor tan *espiritual*, que no le ha conocido nadie mas que en los personajes de novelas ó dramas, sino que es preciso otras condiciones que ni tú tienes, por niña todavía, ni él por haber pasado sus pocos años en devaneos. No desconfíes de mi cariño hacia tí por esto: deseo asegurar tu porvenir, y por esa misma causa te he dado este chasco, y una buena lección a tu amante, que si la aprovecha se hará digno de tí... Hasta entonces tú estarás al lado de tus papás que cada vez te quieren mas, y él se dedicará á adquirirse una posición en el mundo que es por donde debe empezar todo hombre antes de acercarse á un padre á pedirle una hija....

Aviso á los pollos. ¡Ojo alerta los gallos!.....

EL BARON DE ILLASCAS.

El músico aficionado.

El que toca algun instrumento debe armarse de paciencia de marido mártir para sufrir las importunidades y malos ratos que esta habilidad le proporciona.

Se trata de formar una sociedad dramática y dar representaciones teatrales; comprométese este músico aficionado á contribuir por su parte con el instrumento que posee. Llegada la hora de la comedia; todos concurren con el objeto de pasar una noche de recreo; el aficionado sabe ya por una triste experiencia que lo va á pasar mal, y que lejos de divertirse, solo ha de divertir á los demas. Efectivamente en los entreactos cuando los espectadores están conversando con las individuos predilectas, aprovechando el tiempo con mucha cordura; cuando unos discuten acerca del mérito del drama que acaso no entienden y que probablemente no son capaces de censurar; cuando otros se distraen dirigiendo sucesivamente la vista de una en otra andana de palcos para observar las bellas que sobresalen, engalanadas y hermosas como la flor entre las ramas; y cuando varios otros salen á fumar, ó á tomar cualquier refrigerio; hé aquí al aficionado fastidiado y llevado de un corchete ó alguacil, ó del demonio que es lo mismo, soplando en la flauta ó rascando en el violín, mientras que un espresivo doncel se halla recreando el oído de la doncella, (esta es una suposición) con quien está en íntimas

relaciones amorosas. Veán ustedes al aficionado dirigiendo á cada momento sus ojos hacia el duo que tiene para él tan poca afinación, con mas furor y rabia que Claudio Frollo al contemplar á la Esmeralda y al capitán Febo en aquella interesante entrevista tan propiamente descrita por Victor Hugo. El pobre musicante se vé precisado á resignarse con su adversa suerte á permanecer de ridículo y desgraciado testigo del siniestro colóquio con el objeto de sus amores. ¿Desea hablar en un intermedio con algun sugeto ó sugeta? No le es posible, porque desafortunadamente en aquellos instantes tiene que estar tocando; si sale de junto al facistol ó atril, se alborota la falange filarmónica que, partidaria de la igualdad musical, sostiene que ó todos ó ninguno han de salir de sus asientos. No hay remedio; el aficionado continúa en el banco de los músicos, es decir, de la paciencia, contando los minutos que faltan para acabar su enojosa tarea, asi como una persona que se halla contra su gusto en una corporación cuenta los dias que tardará en concluir su cometido; bien que ahora sucede ordinariamente todo lo contrario, pues para llegar á ser de algunas asambleas y cuerpos se intriga en grande y se cuentan los minutos que median hasta que se toma posesion y asiento. ¡Tal es el patriotismo de que se hallan animados muchos ciudadanos! Pues, señor, bien; nuestro musicquin no puede platicar con nadie en el teatro; se conforma necesariamente con tocar, pero ¿á quien? al público. No me pararé á repetir lo que de este personaje manifiesta Larra en sus obras: ¿qué ó quién es el público? En un baile ó tertulia, la mamá á cuya hija privaron los n.ºs de valsar, dice que el público, que la gente quiere rigo lon, porque es mas majestuoso y descansado, y que no conviene el ejercicio violento. La otra que tiene sus hijas robustas y sanas como una pasiega, pretende que se baile vals y polka, pues que á los jóvenes conviene el movimiento y el paso ajitado. El que se fastidió de bailes ó nunca supo bailar, afirma que es cosa únicamente de niños, que es cansarse sin provecho ni beneficio. Lo mismo acontece en política; el público pide esto, lo otro, lo de mas allá; cada ciudadano presume ó hace creer á los otros que su demanda es el voto del público, y no es sino su propio interés. Hasta el presente ignoramos que cosa sea ese fantasma que llaman público; en mi concepto parece ser un pretexto de todos y cada uno, permitido por conveniencia general. El público del teatro de lo que menos se acuerda es de la orquesta; luego que se baja el telon, uno se pone á cantar entre dientes; otro charla tonterías las mas, cuando no todas; este aplica el lente sin ser corto de vista, si bien es corto de luces, solamente para que se lo vean: aquel saca su caja y toma rapé, cojiendo de cada sorbo media tabaquera, porque las ventanas de su nariz son mas bien balcones, ó á lo menos ventanas rasgadas; un pelímeter requiebra á la del palco inmediato; una señorita *coqueta*, con los de las tunetas cercanas. Ni reparan en la música; si alguno se fija, empieza á llevar el compás con el baston, si acaso sabe; y á pedir lo que no entiende. Figúrense Vds. que divertido estará en semejantes ocasiones un aficionado. A veces se le acerca un amigo:—Señor don Eleuterio ¿le ha gustado á V. la Conjuración de Venecia?—Hombre déjeme V., conjuración pienso yo hacerla para no tocar mas en este sitio, pues esto se llama propiamente «hacer el Oso.»—¿Qué le parece de la Noche toledana?—¿Qué mejor noche toledana que la que sufro yo en este sitio?

El músico aficionado es un comodín que sirve para todo, para lo triste y lo alegre, así toca en bodas como en enteramientos; es un maniquí que se dirige por otros, es de todos los partidos y de todas las épocas, en esta propiedad abunda en compañeros; es por último sugeto á quien indirectamente fuerzan á marchar casi siempre con el instrumento, (armónico se entiende) á modo de miserable clerezonte ó monaguillo, vulgarmente conocido con el nombre de clérigo de la *pe-cata*, que anda de iglesia en iglesia con la pelliz debajo del brazo, atisbando donde hay que berrear y desgañarse torciendo la boca; porque es demasiado sabido que los eclesiásticos viven y beben cuando mueren los demas, asi como los abogados y los médicos se lucen y progresan con los disparates, excesos y tropelías de sus conciudadanos, y así como los periódicos de la oposición se alimentan y medran con los desaciertos de los gobernantes. De suerte que el aficionado por circunstancias que luego veremos, tiene que imitar á los ciegos, quienes con el calendario en la una mano y la Gaceta en la otra, recorren nocturnamente las calles recreando ó mas bien rallando el oído de los que están de cumpleaños ó de enhorabuena por algun empleo.

—Sr. D. F. Espero que V. tocará en una funcion de iglesia el dia del santo F. cuya mayordomía tengo este año.—Por san Crispulo bendito; si yo nunca he sido niño de coro, ni monacillo, ni músico de catedral; que me espone V. á la justa censura; que no estoy acostumbrado á tocar en misas, reservas, visperas ni maitines.

—Amigo mio, es indispensable que se disponga V. á festejar mañana los dias de mi novia.

—Chico, esta noche hay que dar serenta al Sr. F. que salió diputado á Cortes; contamos contigo, y supongo no me desairarás; le debo grande atención y deferencia.

—Condiscípulo: para la semana próxima tengo que obsequiar á una jóven con quien pienso enlazarme matrimonialmente, dándole una música que formarémos entre unos cuantos.

—Compañero: el 20 de este mes es el casamiento de la señorita B; como amiga hay que proporcionarle un buen rato; ensayaremos aquellos cuartetos alemanes.

Contemporáneo, ayer falleció F. es necesario prepararnos á dar pompa y solemnidad á su entierro, tocando en él sus amigos.

Se concierta una partida de campo; se habla de llevar una pequeña orquesta; el aficionado no puede faltar con su instrumento; es un compromiso. Se trata de salir á una cacería, es preciso que haya música para la partida y el regreso, como se hace con los santos cuando son llevados en andas, y para solemnizar la muerte de una perdiz ó de un conejo.

Hay un bautizo, música; don Homobono descuida sus quehaceres por dar un rato de armonía al recién nacido que no oye, y á sus padres y padrinos que hacen poco ó ningun caso del obsequio.

Fallece un niño, hay que darle música para adular á su papá, que llora de rabia si esperaba que el infante heredase á su mamá.

En las poblaciones de escasos recursos los aficionados se ven en todos estos casos, y tienen que sustituir á los músicos ambulantes y á las *murgas* que abundan en las cortes y en las ciudades de alguna consideración.

El aficionado novicio propende á reunirse con otro ú otros para ejecutar duos, tercetos, etc. Estos certámenes simbolizan con frecuencia dos partidos políticos extremos; el polo ártico y el antártico; los güelfos y los gibelinos; los clásicos y los románticos; los socialistas y los doctrinarios; los homeópatas y los alopatas.

El aficionado siempre de Zeca en Meca, á semejanza de un *elector calabaza*, en perpétua diligencia y taloneo como un agente de negocios, sin tener por qué ni para qué, sin que lo esponga ni lo ordene, sin que le importe un bledo, espuesto á romperse el cuerpo (porque el alma no es rompible, tropezando con el instrumento contra una piedra ó esquina en la oscuridad de la noche, especialmente si los faroleros no los que furelean, sino los que echan poco aceite y mala torcida á los faroles) no cumplen exactamente con la contrata del alumbrado, como acaece con frecuencia en algunos pueblos; pues en estos tiempos el que cumple con sus deberes es un lonto, y harto notorio es que ha pasado la época de los hombres de bien; cada cosa tiene la suya.

El músico aficionado debe procurar tener un sueldo decente, si se dedica á instrumento de cuerda, y no estar cesante, pues tiene que estar comprando siempre primas, segundas y terceras; si toca el violín, puede caerle el alma, porque es de advertir que aunque es de madera, suelen aquellos instrumentos llevar ventaja á ciertos hombres en este particular.

A veces el aficionado es invitado á tocar en una concurrencia, en una reunion de poco tono: desde luego el Orfeo se coloca en un extremo de la sala haciendo el oficio de rincónera. Si toca el clarinete, empieza á soplar con furor á guisa de aprendiz de herrero al pié de una fragua, ó remediando los carrillos inflados de un exprior de Bernardos que se rie á carcajadas. Si toca el violón, escusado es decir mas.

En los primeros tiempos de enseñanza, y si el aficionado prefiere el violín, el clarinete, el fagot ú otros instrumentos ruidosos y mas ó menos rallantes, caen sobre él las maldiciones de todos los que viven cerca y oyen los destemplados sonnes del novel Anfiou, que goza del singular privilegio de hacer huir á cuantos estén á su lado. Si por el figle monstruo ó el bulsen, crearán los vecinos que está inmediata alguna casa de fieras, ó que reinan continuas tronadas en el país. Si maneja el requinto ó el octavin, nadie aguanta en toda la casa, y escapan del músico, como si estuviese apestado, ó si pidiese dinero. El aficionado va á una tertulia; nadie toca sino él, y en tanto que los demas bailan, embroman y jaranean, él con la guitarra en la mano, repite aproximadamente la escena del teatro. Le suplican que toque alguna pieza de gusto: efectivamente, ejecuta lo selecto que tiene escogido para un dia clásico, alguna sinfonía, variaciones, ó duo ó aria; concluye presumiendo haber agradado sobremanera á su auditorio, y cuando cree oír señales de aprobacion, enuncian los circunspectos su sentir con todo desembarazo confiando en la reciproca franqueza: «hombre, esa tocata es sobradamente seria y melancólica, á ver otra mas alegre y alarmante.—Eso mismo lo zangarrea el barbero de mi barrio.—Hombre, siempre estás arpejiando: toca una cosa de mérito y seguida, una contradanza, la jota, el Mambrú etc.» ¿Cómo se quedará el aficionado en tales casos, conceptuándose en medio de personas sensibles á la melodía y musicómanos, lo está entre sandios majaderos y neciamente exigentes? Debe estar ademas provisto al efecto de oídos no solo de mercader, sino tambien de ministro, de periodista y de poeta.

No obstante los inconvenientes y compromisos relatados que colocan repetidas veces al aficionado en una posición desagradable é incómoda, reconozco en toda persona amante de la música un corazón candoroso y susceptible; un gusto refinado, una fibra delicada; gradualmente van adquiriendo con la práctica en cualquier instrumento, una sensibilidad exquisita que las predispone á gozar con mas intensidad los inefables placeres de la armonía y todas las demas sensaciones sublimes y nobles que afectan á nuestra alma. A medida que la música inflama el ánimo, causa un entusiasmo indefinible y hace derramar alguna lágrima; quien esto esperientemente, tendrá pasiones filantrópicas y sentimientos dulces y generosos.

Ultimamente, el aficionado reúne las innumerables ventajas de poseer un arte que le hace apreciable en la sociedad, le libra de varios vicios, le consuela en sus trabajos y penalidades, le endulza y suaviza los padecimientos y amarguras, engrandece y poetiza el amor y todos los afectos apacibles, y le hace mas humano, mas tierno y mas estimado.

ANTOLIN ESPERON.

Un censor suizo.

Se prohibió en Suiza al mismo tiempo la circulación de la obra de Voltaire titulada: *La Doncella* y la de Helvetius titulada *El Talento*. Un magistrado de Basilea encargado de recoger los ejemplares que hallara, escribió al senado en estos términos. «No hemos encontrado en todo el canton, ni doncellas ni talentos.»

Reflexiones diferentes.

El efecto de un buen consejo depende casi siempre del modo de darle.

Muchas veces se deja de tener razon por el modo de tenerla.

Una desconfianza continua hace pagar harto cara la ventaja de no ser engañado.

Odia el hombre al vicio, y no obstante es vicioso: ama la virtud, y sin embargo no la practica.

La necesidad de unos es un fondo de talento para otros.

Los que han nacido siendo ricos, se envanece de este modo de serlo; los que han hecho fortuna, se alaban de no deber sus riquezas sino á su habilidad.

Preciso es que el hombre tenga muy mala opinion de sí mismo para no querer aparecer tal cual es ante el concepto de sus semejantes.

El sábado.

Entre las mil desgracias que afligen de continuo á la humanidad, hay algunas que con privilegio exclusivo pertenecen al hombre; de esta clase y en la escala de las principales, podemos colocar al penúltimo día de la semana; á el *sábado*, que elegido por Dios para descansar de su grande obra, ha sido destinado por la muger á todo lo contrario. Es una preocupación bastante arraigada en ciertos puntos, y sobre todo en ciertas clases de la sociedad, el considerar los viernes y martes como días fatales y de mal agüero. Ignoro francamente el fundamento en que esto se apoya, pero puedo asegurar que si algún día de la semana merecía justamente, en mi concepto, el nombre de aciago, y que si hay alguno ante cuyo solo recuerdo debiera el hombre temblar, ese día es el *sábado*, sinónimo para mí de incomodidad y revolución; el *sábado*, día en que el despotismo femenil se ostenta en toda su fuerza; día en que trocándose los papeles dentro del hogar doméstico, la muger se arroja el poder supremo, se constituye en dictadora, en tirano, que apoyado en un ejército de plumeros, escobas, rodillas y polvo, se hace tan formidable, que toda resistencia sería inútil; no quedando mas partido, si no se quiere agravar aun mas las consecuencias del vencimiento, que tocar una prudente retirada, y arrojarse de patitas en la calle, ora se descuelgue un calor de 34 grados capaz de fundir las piedras; ora las frescas y suaves brisas de la sierra se agiten por las calles, proporcionando á los médicos abundante cosecha de catarros y pulmonías.

En vano he investigado inquiriendo la causa de esa antiquísima costumbre

tan arraigada en casi toda la España, del *hacer de sábado*, según el término técnico: su origen se pierde en la noche de los siglos (estilo de cronologista) aun cuando tengo para mí que debió ser invención de alguna cándida hija de Eva, con el santo deseo de aumentar las *delicias de la vida conyugal*, ó acaso acaso para demostrar toda la capacidad de su genio, y todo lo que podríamos prometernos si un solo día de la semana rigiesen las naciones á su albedrío, según sucede con sus casas: pero sea de esto lo que quiera, el resultado es que dicha costumbre ha sido fielmente conservada por todas las generaciones femeniles, que han ido transmitiéndola de una en otra, que están siempre que sea necesario dispuestas á sostenerla á punta de escoba, y en la cual á pesar de la volubilidad distintiva de su carácter, han sido constantes para la desesperación de todos los hombres pasados, presentes y futuros.

Infeliz, desgraciado de tí marido, hermano, pariente ó lo que quiera que seas, con tal que pertenezcas al sexo masculino, si la fatalidad hace que te encuentres el sábado dentro de casa. Inútilmente buscaras un asilo donde guardecerte, un miserable rincón donde ponerte á cubierto de las voces, ruido, polvo y trastos que te perseguirán hasta el último escondrijo, demostrándote todas las distracciones y encantos de un *sábado*. Y ¡ay de tí si osas oponerte á tan sagrada costumbre! ¡ay de tí si te atreves á alzar la bandera de rebelión! ¡la tierna tortolita, la débil muger que en otra ocasion tal vez no osara resistir una sola mirada tuya, se convertirá en un tigre, en una pantera, te perseguirá con sus gritos, te prodirá una y mil veces los dicitos de sucio y cochino, hasta que al fin agotado tu sufrimiento acabes por donde deberías haber empezado, y te marches precipitadamente de aquel infierno maldiciendo los sábados y la mugeril limpieza.

Si por casualidad aguardabas alguna persona; si tenias que trabajar, en una palabra, si por cualquier motivo tu presencia era necesaria en casa; olvida, abandónalo todo, y no esperes el imposible de vencer ni una sola vez el poder de un *sábado*. En vano alegarás la urgencia, el compromiso, el peligro de que te extravíen papeles importantes; á todo te se contestará con dos solas palabras; pero palabras sin réplica, decisivas, inapelables, sacramentales, *es sábado!* y si veinte veces insistes, veinte veces te se repetirá *es sábado!* hasta que al fin te convenzas de la inutilidad de tus esfuerzos y apelas á una forzada resignación.

Si eres de genio brusco ó violento, proveete el viernes de paciencia, y no te exasperes luego al suplicar inútilmente, que te cosan un botón, te den una trabilla, ó preparen el almuerzo; todo esto estaría muy bien en un día cualquiera de la semana, pero ¡el sábado!...! ¡que comparación puede haber entre salir á la calle con un botón de menos y mucha hambre de mas, ó interrumpir ni por el mas leve momento las ocupaciones del día sacrosanto? *antes que todo es el sábado!*.....

Si los chiquillos, con perjuicio de tus oídos y hasta de tus orejas, ensayan sus pulmones berreando estrepitosamen-

te, y alcanzando puntos desconocidos en la escala musical, sin que nadie se acerque á callarles; si la campanilla se agita con una fuerza que está en razón contraria de la paciencia del prójimo que lleva á la puerta media hora de espera, sin que nadie tampoco se cuide de abrir; si por fin te ves precisado acaso á mirar parte de tus papeles, convertidos en

labores y ocupaciones de costumbre, para dedicarse entera y exclusivamente á las que caracterizan este día. Desde el momento en que armada de su traje de batalla, empuña á guisa de lanzon la elevada escoba, un belicoso é indefinible ardor se apodera de ella, y borra de su memoria los objetos mas queridos: hijos, tocador, cocina, todo en su imaginación

desaparece, y solo una idea la ocupa: *que es sábado*. Cuantos balcones y ventanas hay en la habitación se abren desde muy temprano, sin consideración al frío ni al calor; los trastos se amontonan unos sobre otros; las ropas de todas clases rompen los candados y cerrojos de sus respectivas carceles, para venir á saludar al Dios de los *dorados cabellos*; los colchones separados de sus domicilios obstruyen cuartos y callejones; las voces y exclamaciones se suceden sin intermisión, en una palabra la barahunda mas insoportable reina en toda la casa, sin que haya que esperar se aplaque hasta haber terminado completamente la limpieza, es decir hasta haber esparcido por todas partes el polvo que antes yacía oculto en los mas escondidos rincones.

Pero cuando se puede apreciar un sábado en su verdadero valor, es algunas horas despues de terminadas todas las anteriores faenas. En vano á tu regreso á casa buscarás las babuchas en su acostumbrado lugar; posible será que encuentres una, pero la otra! Por dichoso te puedes reputar si despues de hora y media de pesquisas llegas á dar con ella, divisiandola sobre algun armario ó sitio parecido; ¿necesitas examinar alguno de tus papeles cuya colocación antes sabias perfectamente? pues cóformate con revolver todos los legajos, porque falta el desarreglo de tu mesa y la falta de simetría que en ella se observaba, que tu amable consorte se ha visto en

la precisión de componertela, y.... Dios te libre de las composuras femeniles! ¿Adviertes que algunas chucherías de las que adornaban las rinconeras han desaparecido? no te sorprendas, ni preguntes su paradero; *han sido víctimas inmoladas en aras del Dios Sábado*. ¿Pretendes escribir y tu tintero te niega su auxilio? no lo estrañes pues si le examinas con cuidado encontrarás la tinta llena de cuerpos estraños, de *cuya verdadera denominación no quiero acordarme*.

En fin, ni aun podrás satisfacer tu apetito, porque la comida estará tal y tan buena, que te será preferible ayunar, aun cuando no acostumbrés á hacerlo ni en la Cuaresma; y hasta en la cama experimentarás los efectos del *sábado*, al verte acometido por un enjambre de cinifes, mosquitos, chinches y otras sabandijas, que arrojadas de sus madrigueras, descargarán sobre tí su furor, haciéndote purgar culpas que otra cometiera.

Tales son querido lector, (pues supongo que ninguna lectora habrá tenido paciencia para llegar hasta aquí) tales son aunque muy ligeramente bosquejados, los encantos del sábado, cuyas consecuencias en el bienestar privado dejo á tu consideración, pues no necesitan por cierto grandes comentarios.

Si perteneces por desgracia al estado deshonesto, (y no vayas á tomarlo por donde quema); si has añadido una nueva costilla á las que te diera la naturaleza, tu suerte está echada, y nada me resta ya mas que recomendarte una paciencia sin limites, *una paciencia marital*; que supongo estarás poniendo en ejercicio con bastante frecuencia: pero si aun conservas tu libertad; si aun no has trocado por el de *señor* el dulce nombre de *señorito*; en una palabra, si eres soltero, ¡oh! entonces oye la voz de hombre experimentado por desgracia en achaques de sábado, no quieras sacrificar á sabiendas la felicidad de la septima parte de tu existencia, y si un día pretendes casarte, y no tienes la dicha de poderlo hacer con una judía (1) sigue mis consejos, y que sea la primera cláusula de tu contrato matrimonial, la proscripción de los sábados dentro del hogar doméstico.

VICENTE SANCHEZ OCAÑA.

La bailomania.

La afición al baile se ha desarrollado este año cual nunca en Madrid, se baila en los salones aristocráticos se baila en el teatro se baila en esas sociedades danzantes cuyo número ha llegado á ignorarse, se baila al aire libre y se bailará mas aun á medida que se acerque el carnaval. La afición á tomado tales proporciones que merece quede consignada en nuestras columnas con la pluma y el lapiz, como una actualidad de que andando el tiempo, podrán sacar las correspondientes consecuencias los que piensan que puede apreciarse la felicidad de que disfrute un país por la pasión á las cabriolas que se note en sus habitantes.

(1) Los Judios, mas exactos que nosotros en el cumplimiento de sus prácticas religiosas, observan tan escrupulosamente el precepto ó festividad del Sábado, que no se ocupan en semejante día ni aun de los trabajos mas insignificantes, tanto públicos, como domésticos.



ellos, volar que es un contento á impulso del plumero ó rodilla que esgrime tu sucia maritornes, no te alteres, no te inquietes, y si un movimiento de indignación te acusa, trae á la memoria para calmarle, el día en que estas, y repítete á tí mismo con flemma *es sábado*.

En este día la muger se transforma en un ser especial, cuyas cualidades dominantes son el movimiento y la destrucción; ella corre de un lado á otro, bulle, se agita, vocea



sin cesar... siendola aplicable en último resultado la tan conocida fabula de Iriarte.

Tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas quiero amiga que me digas, ¿son de alguna utilidad?

El sábado la muger olvida todos sus quehaceres, todas las

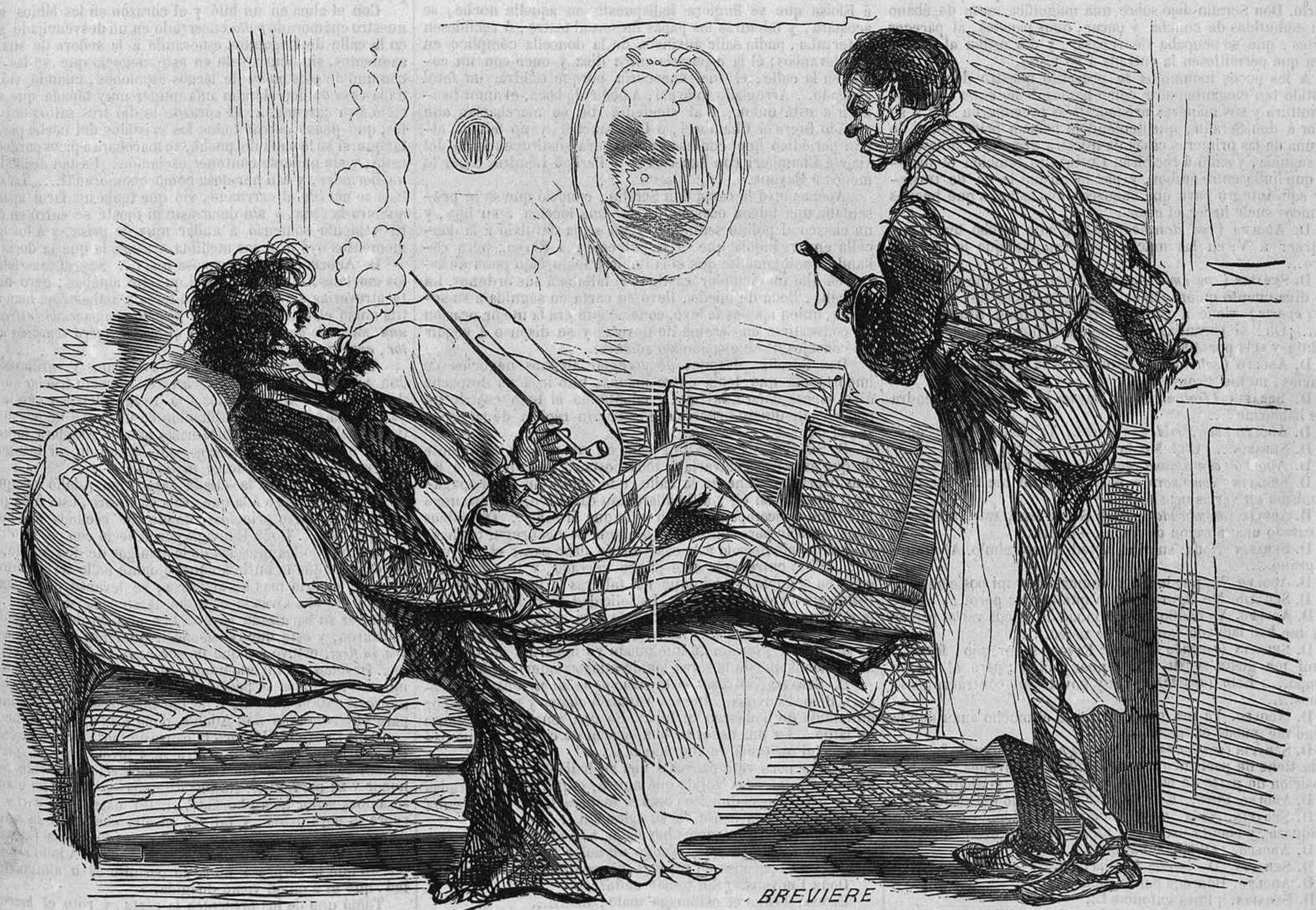
REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.



La economía filantrópica.

—¡Ah! señor, compadézcase usted de un pobre cesante, ¡está tan caro el pan!
 —El pan caro, el pan caro; no saben decir mas que eso. Y bien, amigo, se hace como yo, no se come pan.



BREVIERE

El señor no está en casa.

—¿Digo que está usted en casa si viene alguno á preguntar, señor?
 —No estoy para nadie; dí á todo mundo que no puedes pasarme recado porque me ocupo en buscar la solucion de uno de los grandes problemas de órden social.
 —¡Está bien!... eso quiere decirque vá usted á llenar su pipa y fumar en paz.

UN POLLO Y UN GALLO.

HISTORIA DEL AÑO PASADO.

IV.

Aun cuando ya tengo en mi poder las copias de los discursos pronunciados por los amigos y consejeros de don Adolfo en la sesión en que se discutió la forma ó medio de conseguir la salvación de Eloisa, no quiero trasladarlos aquí íntegros por lo mucho que ocuparían, y menos extractarlos, por temor de que les sueda á los interesados, si los ven, lo que á algunos diputados que no conocen sus peroratas cuando las leen en los periódicos: por esto me limitaré á decir la resolución de aquel congreso en proyecto, que fué: que al día siguiente se vistiera don Adolfo (como suele decirse) de tiros largos, y previo el correspondiente aviso á Eloisa, se dirigiera á casa de don Serafin á pedirle la mano, y el dote por supuesto, de su encantadora hija, de quien estaba perdidamente enamorado, etc., etc. Acordado así por unanimidad, era preciso no perder el tiempo tan precioso en ciertas ocasiones, y don Adolfo escribió otra estensa carta á su amada en contestación á la que de ella habia recibido, y con no menos interjecciones, admiraciones y puntos suspensivos que aquella, noticiándole además el paso que se proponía dar con el papá-suegro, reservándose como *ultimatum* apelar á medios extraordinarios, que él sabia y callaba por entonces, para llevar á cabo su plan, que no era ni mas ni menos que el de vivir, gastar y triunfar á costa del dote de su querida esposa.

Llegado ese día, que entre nosotros se llama el de pedir la novia, don Adolfo se vistió lo mas decente que pudo, echando una especie de guante entre sus amigos de mas confianza para que le proveyesen de ciertas cosas de que carecia, y de otras que tenia y ya no estaban en muy buen uso. El frac pertenecía á uno de sus mas predilectos amigos, el reloj á otro (pues sabido es que hoy no se conceptúa persona decente á quien no lleva, aun cuando sea un reloj de forma de huevo relleno con su correspondiente cadena de metal de belones) la camisa, pantalón y botas de campana á otro, y el chaleco al mismo dueño del frac; total de prendas presentables que poseía por entonces don Adolfo, un sombrero de los de á Napoleon y una corbata; pero contaba con buenos amigos que le prestaban sus trajes, y por esto bajaba diariamente al paseo, capaz de dar un petardo al mas pintado... Persona de semejantes apariencias y tales pretensiones no podia ir á pie, y don Adolfo alquiló un vehículo de los que en la Puerta del Sol aguardan parroquianos, y calzándose sus correspondientes guantes blancos, le dijo al aúriga:—á la calle de Leganitos número... y el carruaje emprendió su pausada marcha por la del Carmen...

Arrellanado estaba don Serafin de X en una magnífica butaca en su despacho, y envuelto en una lujosa bata de rico cachemir turco, con su correspondiente gorro de lo mismo, cuando un lacayo vestido de frac negro y corbata blanca le anunció la visita de un caballero que queria hablarle. Don Serafin dejó sobre una magnífica mesa de ébano con embutidos de concha y nacar, unos papeles, al parecer cartas, que se ocupaba de repasar, y dió orden al lacayo para que permitiesen la entrada á su visita.

A los pocos momentos se presentó nuestro don Adolfo vestido tan elegantemente como hemos dicho antes: su desenvoltura y sus maneras aristocráticas previnieron tan á su favor á don Serafin, que teniéndole por un primogénito de alguna de las primeras casas de nuestra grandeza, se levantó en seguida, y salió á recibirle. Curioso es tambien el diálogo que hubo entre ambos, y por lo mismo le he de trasladar aquí íntegro para que conozcan mis lectores qué buenos cómicos suele hacer el amor.....

D. ADOLFO (con desembarazo): Siento mucho tener que distraer á V. en las muchas ocupaciones que le rodean; pero...

D. SERAFIN (con amabilidad): Ruego á V. tome asiento, y me diga cuanto quiera; nada tengo que hacer hoy ya... Este (aparte) viene á pedirme dinero: algun título tronado... ¡Oh! si garantiza el pago con buenas hipotecas... Al treinta y seis por 100....—Deje V. el sombrero.

D. ADOLFO (soltando el sombrero en la butaca inmediata): Gracias, no me incomodaba...

D. SERAFIN (frotándose las manos): Con que V. tendrá que hablarme?...

D. ADOLFO (con timidez): Pues... Ya puede V. conocer...

D. SERAFIN... ¡Oh! Me lo figuro... Entre jóvenes...

D. ADOLFO (con alguna confianza): Nada mas natural...

D. SERAFIN (como para animarle): A mí me ha sucedido lo mismo en varias ocasiones.

D. ADOLFO (asombrado aparte): Segun eso, este hombre se ha casado una porción de veces.—Decia...

D. SERAFIN. Nada: suprima usted el preámbulo. Al grano, al grano....

D. ADOLFO. Ya puede usted comprender mi posición....

D. SERAFIN. Me figuro todo lo que habrá; pero...

D. ADOLFO. Yo confío en la bondad de usted: varias personas me han hablado tan bien de usted....

D. SERAFIN (sacando la caja): Favor, señor mio, favor... A mí me gusta servir á cualquier amigo; pero al mismo tiempo.... Este (aparte) es muy novato en contraer préstamos....

D. ADOLFO. Ya me lo figuro; y solo el mucho amor que la tengo me puede obligar á....

D. SERAFIN (sonriéndose): ¡hola! ¿Algun lancecillo?... Eso nada tiene de particular; todos hemos sido jóvenes... ¿Habrá oposición de parte de las familias?... ¡Ya!... ¡Cálculos!...

D. ADOLFO. Pues... Este hombre (aparte) no me entiende...

D. SERAFIN. Nada, nada, amigo mio. Hábleme usted con franqueza, y cuente usted con mi apoyo: ¿la joven es linda?

D. ADOLFO. ¡Oh! es un angel...

D. SERAFIN. D. buena familia?

D. ADOLFO. Honrada por lo menos...

D. SERAFIN. ¡Pues entonces!...

D. ADOLFO. ¡Ah! ya no puedo mas (arrodiándose delante de don Serafin). ¡Padre mio! usted solo puede hacer mi dicha, y la de su hija...

D. SERAFIN (levantándose asustado). ¡Caballero! ¡Caballe-

ro! ¡Yo! ¡usted está equivocado! ¡No entiendo á usted!... ¡usted ha perdido el juicio!...

D. ADOLFO (en tono declamatorio). No... no... no estoy loco... Yo amo á su hija de usted... He sido la causa de su desmayo, cuando usted nos sorprendió hablando por el ventanilla de la puerta de la escalera, y vengo á pedir á usted su mano...

D. SERAFIN (ya mas sereno): ¡Pero!... caballero... yo no conozco á usted. No sé ni aun su nombre... ¿Usted, quién es?....

D. ADOLFO. Un caballero...

D. SERAFIN. Todo eso está bien; mas quisiera saber....

D. ADOLFO. Mi familia está relacionada de parentesco con las principales de España.... Tengo seis tíos condes; tres marqueses; dos primos duques, y cuatro sobrinos barones.

D. SERAFIN. Ya... ya... Pero es el caso que mi hija es muy pobre... Mientras yo viva...

D. ADOLFO. ¡Yo!...

D. SERAFIN. Ya me figuro...

D. ADOLFO. Si entrara de ministro mi padrino...

D. SERAFIN (con socarronería). Entonces un pingüe destínulo?... Usted no tiene carrera, ni profesion, ni oficio?...

D. ADOLFO (suspirando). Quédé huérfano muy niño, y mi tutor gastó mi patrimonio...

D. SERAFIN. ¡Ah! si: los tutores son... En fin, amigo mio, por ahora no pienso casar á mi hija... Mas adelante...

D. ADOLFO (asombrado). ¡Es posible!...

D. SERAFIN. Ya vé usted, cada uno se entiende.... usted es muy buen muchacho; pero yo...

D. ADOLFO (incomodado). Eso es tratarme con desprecio... Su hija de usted me ama, y yo la adoro...

D. SERAFIN (con calma). No lo niego: pero no quiero que se case con V....

D. ADOLFO (tomando el sombrero). Semejante insulto no le ha sufrido ninguno de mi sangre: ó será mi esposa Eloisa, ó nos veremos....

D. Adolfo sale como perro con cuerno pensando en tomar venganza de tan caribe padre: don Serafin se queda paseando, y riento de las bravatas del enamorado galanpariente de tantos condes y duques; pero sin un cuarto....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

metió en la cama, sin mas que descomponerse un poco el peinado.

Acabóse la comida, y ya muy cerca de las diez don Serafin la dijo á su esposa: voy á ver á Eloisa. Apenas oigas las diez baja bien tapada, y haz lo que te he dicho.

Esperaba Eloisa esta visita; pero al dar su padre un golpecito en la puerta de su alcoba para indicarla que iba á verla, sobresaltada se subió la ropa de la cama hasta el pescuezo, y con voz conmovida dijo:—adelante. Don Serafin entró y se sentó á la cabecera de la cama de su hija.

D. SERAFIN (con dulzura). Estás mejor, Eloisa mia?

ELOISA (conmovida). Sí, papá... Solo me dura aun el dolor de cabeza.

D. SERAFIN. De manera que te incomodará la conversación?

ELOISA... La de V. no...

D. SERAFIN. Gracias, hija mia; estaré muy poco á tu lado.

Pienso ir á ver el último acto de *Beatrice* en el Teatro Real.

En este momento el reloj dió las diez... Eloisa hizo un movimiento convulsivo al oír la primera campanada, que no pasó desapercibido para don Serafin.

D. SERAFIN. ¡Cuánto siento que no puedas venir!... Tus amigas te echarán menos...

ELOISA (tratando de dominar su agitacion). Por V. y por ellas lo siento: por lo demas me es muy indiferente toda diversion...

D. SERAFIN. No comprendo por qué: eres jóven, tienes unos padres que te quieren mucho, y no te faltan otros atractivos que te conquisten adictos....

ELOISA (bajando los ojos). Es verdad... Tengo mucho que agradecer á V. y no poco á sus amigos...

D. SERAFIN (levantándose). Voy á tomar el gaban y me marcho al teatro... La noche está muy buena y pienso ir á pie.... A Dios, hija mia: hasta luego, ó hasta mañana...

Dió don Serafin un beso en la frente á su hija, y salió de su habitacion... En seguida tomó la capa y se dirigió á la calle. A la puerta de su casa encontró un carruaje de alquiler que habia mandado buscar, subió en él, y dijo al lacayo: Apague V. un farol, y que espere el coche hasta que baje la señora...

Un cuarto de hora escaso hacia que don Serafin estaba en el coche cuando vió atravesar por el portal de su casa una muger muy tapada con una larga capa de noche: salió á la calle y al ver el coche con el farol apagado dijo al lacayo con voz muy conmovida, pero harto conocida para don Serafin:

—Abra V. la puertecilla...

El cochero obedeció; la tapada se entró en el carruaje, y este conmenzó á andar con direccion al centro de Madrid...

Algunos sollozos y suspiros ahogados en los labios de Eloisa que era la tapada que se encontraba al lado de don Serafin como ya habrán supuesto mis lectores, dieron á conocer á su padre el sentimiento de su hija al abandonarlos.

Contaré ahora lo que sucedió á don Adolfo y doña Eduvigis, para despues referir lo que pasó al padre y á la hija recorriendo en su coche alquilado algunas calles de esta capital.

Con el alma en un hilo y el corazon en los lábios estaba nuestro enamorado pollo encerrado en un desvencijado simon en la calle de Leganitos esperando á la señora de sus pensamientos, sin ocurrirsele en este negocio que se las habia con uno de esos gallos de largos espolones, cuando vió salir de la casa de don Serafin una muger muy tapada que se dirigió á su carruaje... El corazon le dió tres saltos tan fuertes, que pensó cerrar todos los cristales del coche para evitar que si se le salia del pecho, se marchara á picos pardos, á la calle, y sin poderse contener exclamó... ¡Es tan decidida como hermosa, y tan hermosa como enamorada!.... La envelada se acercó al carruaje, vió que tenia un farol apagado, que era la seña, y sin decir oste ni moste se entró en él.... El vehiculo comenizó á andar muy de prisa, y á los pocos momentos oyó una voz meliflua y atiplada que la decia:

D. ADOLFO. ¡Ah! ¡Hermosa mia!... Soy el mas feliz de los mortales!... Siempre creí que me amabas; pero no que te atreverias á seguirme... Tu tersa y alabastrina mano está fria como el mármol: (aquí el picarillo enamorado estrechaba una mano de doña Eduvigis, á quien ya habrá conocido el lector, entre las suyas.)

Algunas otras espresiones mas tiernas y cariñosas dijo don Adolfo á su adorada Dulcinea en el corto trecho que hay desde la calle de Leganitos á la de Jacometrezo, en la cual ya tenia dispuesta una habitacion en una casa de huéspedes, donde debia parar su futura hasta que se acordara lo mejor. Allí le esperaban sus amigos, que habian de ser testigos de su triunfo, y tambien de su matrimonio.

El coche llegó á la citada casa; don Adolfo se apeó, y ofreciendo su brazo á la que creia su futura, esta feliz pareja subió á un cuarto principal, donde fué recibida por los que la esperaban... Doña Eduvigis permaneció con el velo echado esquivando las miradas de los amigos de don Adolfo; pero conociendo que la burla á aquel amante pollo seria tanto mas pesada, cuanto mas se alargase, se levantó de repente el velo, y se echó atrás la capucha de su capa de noche, dejando ver su barnizada cara... Les amigos de don Adolfo se asustaron, y éste que reconoció al momento á su mamá-suegra *in fieri*, estuvo á pique de ser acometido de un accidente... Despues de un momento de silencio en que todos se miraron, y todos se pedian la esplicacion de aquella metamorfosis extraordinaria, y de tan mal efecto, especialmente para el enamorado don Adolfo, doña Eduvigis se esplicó así:

Doña Eduvigis. Conozco la causa de tanta sorpresa, señoritos... ustedes esperaban á otra mas joven que yo, pero no habian contado con que tiene unos papás que velan por su honor y su porvenir... No por este chasco desconfie usted de su amor, señor galan burlado.... lea usted esta carta cuyo sobre es para usted, y tal vez en ella encuentre la solucion de este problema... Tómela usted sino (dijo doña Eduvigis á uno de los amigos al ver el estado de don Adolfo) y léala, puesto que la sorpresa no se lo permite á su amigo de usted, que es á quien viene dirigida.

Tomó uno de los presentes la carta, y roto el lacre leyó en alta voz lo siguiente:

«Caballero: he sorprendido sus proyectos de usted para arrebatarme una hija que no quise entregarle: las razones que tuve para no admitir á usted por mi yerno, se las oculté

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....